

ALFAGUARA



Luis Mateo Díez

Fábulas  
del sentimiento

---

## Vidas, secretos, conmociones

Escribí las doce *fábulas* que recoge este volumen, ahora en el orden definitivo que implicaba el proyecto y también con la revisión detallada de los textos, a lo largo de diez años. Y en ese tiempo fueron apareciendo agrupadas de tres en tres, siguiendo la línea de una estructura narrativa que el proyecto implicaba, y también el reto con que fue llevado a cabo.

Al escribir las *fábulas* tenía clara la ambición de crear una peculiar *comedia humana*, en nada ajena a lo que constituye el subsuelo y el andamiaje de mi mundo narrativo, pero con el horizonte de un especial grado de descubrimiento, como si en ellas pudieran irradiar tonalidades más intensas y originales de ese mundo, desde una mirada de mayor compromiso en la reflexión moral.

Las *fábulas* guardan como poco una unidad significativa, una familiaridad en el sentido de sus pretensiones y, al culminar el destino de su encuentro final en este volumen que las recoge y reordena, culminado el proyecto que así lo preveía, podría decir que esa unidad se expande en su variedad y alcanza, así lo espero, la iluminación total de lo que quise hacer.

El camino de llegada a las doce *fábulas* era, sin duda, un camino de tránsitos y transiciones, un reto que se enriquecía en sus perspectivas, y que también se realimentaba en el decurso de su escritura. Las doce son novelas cortas y, en la opción de ese género, que siempre me apasionó y que acaso en la actualidad no obtenga todo el cultivo que merece, existía la intención de encontrar su arquetipo, intentando solventar lo que el género supone como posibilidad narrativa de perfección y buscando, hasta donde buenamente se puede, ese límite narrativo que el género suscita en sus posibilidades.

En el título de «Fábulas del sentimiento» se expresa la intención de su escritura, lo que nutre las historias de una ejemplaridad, tan positiva como negativa, la connotación moral, acaso

---

contradictoria, y que en su condición de *fábulas* pudieran llenarse de sugerencias y significaciones, con la idea de expresar el sentido de lo que se cuenta de la manera más misteriosa posible.

El sentimiento implica esa orientación de las emociones que revela la fragilidad y la intensidad de lo que se vive. Una orientación también en la mirada de quien narra y observa, que filtra ese grado de experiencia o facultad tan sustancial al lado de la voluntad y el pensamiento. Muchas de las observaciones narrativas reposan en la constatación del sentimiento, de modo que a través de él, de sus contradicciones e ilusiones, puede llegar a conformarse la propia atmósfera de la *fábula* y el clima moral de la misma. También el secreto de lo que tantas vicisitudes encierra, lo que se esconde y revela en la conciencia o la memoria, lo más oscuro y misterioso de nuestras conmociones y comportamientos.

La denominación de *fábulas del sentimiento* quiere resultar más sugestiva que conceptual, entendiendo que en esa configuración de lo fabulístico las historias debieran adquirir un tono de intensidad lírica y simbólica, un sentido profundamente metafórico que será el que mejor las impregne de significaciones y sugerencias.

Las novelas están planteadas independientemente, como no podía ser de otra forma, y en su agrupamiento debiera constatarse cierta familiaridad y contaminación en el desarrollo de las mismas al ir devanando cada tránsito, en el camino de su expansión hacia la conquista final, en un empeño siempre acompañado de la variedad de los modos de escritura, de los planteamientos de las tramas, de las perspectivas y de las estructuras narrativas en el más amplio abanico de posibilidades.

El narrador se concede la absoluta libertad de técnicas y opciones, huyendo de los lugares comunes y sabiendo que en la construcción de una peculiar *comedia humana*, a veces equidistante del relato testimonial o del cuento filosófico, los personajes, el destino de sus existencias, deben tener el poder y el relieve de las vidas verdaderas que sólo la ficción es capaz de alcanzar.

Doce historias, pues, en las que en algunas ocasiones los protagonistas ven trastocado su destino por la casualidad y un impulso de búsqueda desazonador, un sentimiento que les perturba hasta encontrar otro grado de lucidez que pueda reconfortarles.

---

Voy a hacer un recorrido sobre los asuntos que se plantean en estas doce *fábulas*, con la intención de marcar esas líneas convergentes en su diversidad, intentando mostrar la dimensión metafórica de sus tramas.

El desarraigo familiar y vital tiene mucho que ver en el desarreglo de las emociones que suscitan las pérdidas y los extravíos que acaban adquiriendo una tonalidad fantasmagórica en muchas de las historias. A una extraña Pensión llegan, por ejemplo, la misma noche unos viajeros que huyen de la realidad acuciante y cotidiana en que viven, como si un ineludible impulso los arrancara de ella. La huida supondrá la reconsideración de sus existencias, en las confidencias de esa noche que mueve el azar. La pobreza puede ser una semilla que crece en el corazón de un hombre rico, y desde la secreta percepción de su hija enferma, dueña de una sensibilidad peculiar, el hilo dramático de un insólito suceso recuerda aquellos versos de Rilke en *El libro de las horas* que dicen: «pues pobreza es fulgor, muy grande desde dentro».

Entre algunos antiguos compañeros de bachillerato, cuando los años y las distancias marcan una irremediable separación de sus vidas, se rememora la figura de un viejo profesor, famoso por la impiedad del trato a los alumnos y de la vergonzosa venganza que dañó sus vidas. Aquellos muchachos hicieron sin saberlo una suerte de aprendizaje del odio, la enseñanza radicalmente opuesta a lo que hubieran merecido, y ese aprendizaje tiene un lastre ineludible.

De nuevo la casualidad une de manera insospechada a unos amantes que parecen destinados a quedar solos en el mundo o a que el mundo desaparezca, como si la pasión los hiciera invisibles. La plenitud de su inesperada experiencia amorosa será, al fin, la última razón de sus existencias y lo que definitivamente colme su memoria. Un salón de bodas, un lugar de banquetes y celebraciones, esconde más secretos de los previsibles, y hasta es posible que marque el destino de algún matrimonio allí celebrado. El rito de casarse afianza el compromiso, contamina los recuerdos cuando los viejos salones de una ciudad de provincias son demolidos y en los escombros se percibe algún brillo extraño.

De suyo la extrañeza y los secretos están casi siempre en la urdimbre de las *fábulas*: lo inesperado que adquiere la dimensión de lo extraordinario, lo que en la reserva y el sigilo resulta misterioso.

---

Una parte de la felicidad consiste en no haber sido antes feliz, confiesa una viuda que va encontrando la plenitud de sus más hondos sentimientos en el tiempo en que reafirma su condición de tal. La felicidad se compagina, en su caso, con la generosidad, y la viuda hace el recuento de su existencia sufragando las deudas contraídas por su bondad.

En la ejemplaridad, a veces positiva y a veces negativa, de las *fábulas*, son las contradicciones del corazón humano o las razones o sinrazones que guían los actos de los personajes, quienes interfieren las apreciaciones del entendimiento o de la conciencia.

Tres adolescentes comparecen en el rastro de una historia legendaria que les concierne de modo tan comprometido que es como si el tiempo no existiese. ¿La adolescencia es una edad que contiene mayores riesgos y misterios que cualquier otra? ¿Es posible vivirla y compartirla como un secreto que se atesora entre la plenitud y el trastorno? Estos adolescentes son príncipes del olvido, herederos de alguna leyenda antigua y testimonian el desasosiego y las encontradas emociones de la edad que más crudamente marca nuestra existencia por mucho que el tiempo mítico que nos compete, como decía Pavese, habite en nuestra infancia.

La amistad sostiene en ocasiones unos límites de compromiso que pueden desbaratarse, y en alguna situación es posible plantear la inquietante posibilidad de si los amigos que se quieren se enamoran. En las vertientes apasionadas de la lealtad y la envidia, en la contradicción de un sentimiento tan puro como el de la amistad, es posible alguna trama con tantas suspicacias como contrariedades. La amistad y la enemistad, el amor y el desamor.

Alguien regresa a su tierra, a sus orígenes, un emigrante de la ya casi épica emigración americana de comienzos del siglo pasado, ya muy mayor y desprendido de todas las ataduras económicas y lazos familiares derivados de su aventura. Este hombre tiene una deuda que no ha prescrito, algo que al fin, con el regreso, se revela en una especie de persecución moral, como si un fantasmal u obsesivo cobrador le aguardara en el lugar de sus sueños originarios, el pueblo en el que nació. La vida no acaba tan fácilmente y a veces el corazón es más consistente y perturbador en los recuerdos que la propia memoria o la conciencia.

¿Debajo de los afectos y las responsabilidades familiares puede subsistir y crecer la violencia como una deuda perturbadora...? La pregunta tiene una respuesta nada ajena a lo que día a día leemos en las crónicas de sucesos. Ahora se trata del retrato de una mujer que consume su aciago destino en el casi épico camino de su injusta supervivencia, pero en ese retrato hay también razones y vicisitudes más inquietantes. Una *fábula* siempre explora un territorio menos evidente que el que la realidad nos muestra. La ficción aspira, como sabemos, a que el lado oscuro del espejo no esté siempre limpio o sucio, también empañado...

La desgracia obtiene, en ocasiones, la consideración no por fantástica menos improbable de que sea una enfermedad contagiosa. ¿Alguien puede quebrar el destino de los demás, como si su cercanía supurara una enfermedad que puede matarlos...? Este relato fantástico muestra la dolencia, el propio mal que rememora. La desgracia también estriba en los reencuentros que la vida nos depara y en los débitos de las viejas y ocultas emociones. La casualidad, lo imprevisto, la aventura a la vuelta de la esquina.

Finalmente, dos jóvenes caen bajo el patronazgo de una solitaria mujer que administra sus ensueños alcohólicos y las perversiones de una dramática imaginación, en el espejo interior de una existencia que encierra lo que pudo ser su paraíso perdido. Llegar a donde no se debe, tocar el timbre en la puerta menos aconsejable, sentir, al fin, la prisión, el secuestro que encamina la perdición y la extrema melancolía de un amor maltratado, de una ilusión definitivamente rota...

Algo más, por último, sobre la novela corta, un género que, como ya dije, me apasiona y en el que, como bien sabemos, muchos de los grandes escritores de todos los tiempos han expresado su mundo de la forma más sustancial. Con frecuencia escuchamos que la redondez del cuento, su perfección, exige que nada sobre ni falte, que no haya una palabra de más. En la novela larga, algunas páginas no acertadas no acaban de echar por tierra una obra lograda, pero en el cuento alguna frase desacertada puede poner en riesgo el total.

También la novela corta pide la perfección y redondez de lo estrictamente medido: el impulso de su desarrollo narrativo

debe alcanzar el equilibrio preciso, la dimensión adecuada, un orden del relato que evite derivaciones no significativas, voces no imprescindibles. No se trata de la contención sino de la precisión, de que la idea narrativa se explye en la espiral que surge y, a la vez, envuelve el interior.

Un género muy propicio para intentar eso que siempre merece la pena y que tan pocas veces se logra: el reto de la perfección.

Luis Mateo Díez  
Invierno de 2011

---

## Pensión Lucerna

1.

La noche que Ciro Nistal llegó a la Pensión Lucerna había restricciones de luz en el barrio y sólo la luna de invierno orientaba el dédalo de las callejas.

El tren de Ordial vino con tres horas de retraso y cuando Ciro salió de la Estación, acarreado la pesada maleta, sintió el hormigueo de las décimas que se removían como bichos tras el letargo del viaje.

Por las callejas anduvo un rato perdido. La dirección de Lucerna no la recordaba con exactitud aunque se la habían repetido más de una vez, y el dédalo se hacía más intrincado hacia el corazón del barrio mientras que los pasos se contagiaban del desánimo de la fiebre.

El peso de la maleta se incrementó mientras fue subiendo los tres pisos, y en alguno de los rellanos tuvo que reponer fuerzas.

El pasamanos guió su ascenso dibujando la cerrada espiral y apenas un tibio relumbre rompía la oscuridad, como si la luna de invierno que gobernaba el barrio lograra colar algo de su plata sucia en las inadvertidas cristaleras.

La puerta de Lucerna estaba entornada. El hombre que le atendió era un cojo que escoraba el cuerpo como si tuviese rota la cintura.

—Vienen los mismos, a deshora y con igual equipaje...  
—masculló, probablemente irritado.

Ciro tomó la llave que le ofrecía, después de firmar en el Libro de Registro sintiendo que el plumín se quebraba y el papel secante esparcía el borrón en vez de paliarlo sobre la rúbrica incompleta.

Por el pasillo que el hombre le indicó dio unos pasos sin mucha convicción, percibiendo que el tramo de oscuridad le



desorientaba por completo y las décimas se sublevaban con mayor inquietud, haciendo más codicioso y temible su hormigueo.

Palpó la puerta, reconoció la cerradura, abrió con más cautela que decisión, como si el rumor de la fiebre reactivara la inseguridad y, a la vez, le hiciese tomar conciencia del abandono a que se iba viendo sometido.

Era una extraña sensación de soledad y extravió que se había intensificado a lo largo de la tarde, en el tren que lo alejaba de Ordial y lo llevaba a Borela sin que el letargo supusiese ningún alivio, más bien la conmoción que insuflaba su desvalimiento.

Parecía una habitación interior, escueta, con contados muebles. El relumbre se adelgazaba en un palor más indeciso, como si una vela gotease trémula desde la ventana de un patio.

Ciro se sentó en la cama, la maleta se le había desprendido de la mano nada más entrar.

Descubrió en la mesilla una jarra con agua y un vaso, bebió con avidez. La colcha era áspera, la retiró; en la almohada y en el rebozo de la sábana palpó un grato frescor que amortiguó su pulso. Le pareció que las décimas volvían a sosegar como los bichos se sosiegan en el regreso a la guarida.

No le apetecía desnudarse, se descalzó, se quitó la chaqueta, también del abrigo se había desprendido al entrar.

Cerró los ojos y quedó quieto, inmóvil, tendido sobre la cama, invadido por el mismo vértigo benigno que alimentaba el letargo del viaje sin que el sueño hubiese sido posible.

Tardó en percatarse de que alguien llamaba a la puerta, unos nudillos discretos pero reiterados, que poco a poco se fueron alterando.

Ciro Nistal quiso hacerse a la idea de que aquella llamada no le atañía, de que su abandono garantizaba en igual medida el extravió y el olvido, la distancia que le había llevado tan lejos y que todavía, con un poco de suerte, le llevaría más; lo suficiente para que esa distancia acabara justificando una huida que transformase, al fin, su existencia.

Pero no tardó en percatarse de que no se trataba de una llamada, sino de una súplica.

2.

—Tiene usted que disculparme, pero le oí llegar y necesitaba hablar con alguien... —dijo la mujer, en cuyo rostro apenas se adivinaban dos ascuas encendidas con parecida fiebre a la que hacía brillar la mirada de Ciro.

Entró y cerró la puerta sin que Ciro acabara de entender con exactitud sus palabras.

La decisión de la llamada se contrarrestaba ahora con la vacilación que la paralizaba, como si de pronto se avergonzara de lo que acababa de hacer pero fuese incapaz de rectificar y se angustiase por ello.

—No hay nadie a quien pueda recurrir... —musitó, todavía sin moverse, acentuando el gesto de aflicción, con los brazos pegados al cuerpo y el desconcierto en los ojos.

—No se preocupe... —acertó a decir Ciro, y antes de indicarle que se calmara, que estaba dispuesto a escucharla, repasó los muebles de la escueta habitación y se percató de que no había ninguna silla.

A la cabecera de la cama estaba la mesita, a los pies un armario de aspecto desventrado y luna rota y al lado el perchero en el que había colgado el abrigo.

—Me llamo Dola... —dijo la mujer—, Dola Moreda. Llegué a Borela a mediodía y encontré la Pensión por casualidad, no conozco a nadie, es la primera vez que vengo.

Ciro no se atrevía a decirle que podía sentarse en la cama, pero la mujer, una vez que confesó su nombre, pareció recobrar cierto ánimo. Dio unos pasos, suficientes para que la fragilidad de su cuerpo se perfilara en el lívido relumbre y, por un instante, esa fragilidad detalló un recuerdo impreciso, como si en la memoria de Ciro algo lejano se removiese.

—Le oí llegar... —repitió—. Tampoco es usted de Borela, ¿verdad?

—No, soy de Ordial.

—Yo de Doza.

Ahora estaba quieta en el centro de la habitación y el fulgor lunar parecía una llovizna polvorienta alrededor de su figura,

una luz votiva en torno a una imagen que hubiese descendido del altar.

La imprecisión del recuerdo era un aliciente para que la imaginación de Ciro explorara la figura, acaso más aturdido que conturbado, con esa incertidumbre que alientan las apariciones, pero ella no se quedó quieta y Ciro sintió que su imaginación se disipaba.

La vio acercarse a la cama, acariciar la colcha.

—No puede imaginarse lo cansada que estoy y, sin embargo, me es imposible dormir... —dijo, casi suspirando.

—Siéntese... —la animó entonces Ciro, que seguía al pie de la puerta, en la penumbra que espesaba la distancia y que le permitía mirarla con la determinación de quien acecha sin ser visto.

Le obedeció.

—Me hubiese muerto, se lo juro, o hubiese hecho cualquier locura... —dijo la mujer—. Es la primera vez en mi vida que vengo a una Pensión, tampoco he sido nunca muy viajera. ¿Usted viene con frecuencia?...

—No conocía Lucerna, estoy en Borela de paso. Tampoco conozco muchas pensiones, aunque tengo la idea de que todas son más o menos iguales.

—Me vi sola, definitivamente sola, como si hubiera llegado a uno de esos sitios de los que nunca se vuelve. No sabe lo que le agradezco que me haya abierto la puerta.

3.

—Soy de Doza y allí he vivido los veintisiete años que tengo. Lo que de mi vida pudiera contarle no tiene más interés que lo propio de cualquier otra vida, más o menos lo que a cualquiera le sucede. Me casé joven, tuve dos hijos, fui feliz en la medida en que todos lo somos. No soy capaz de detallar nada importante, nada que me distinga de la gente corriente. Viví sin más ilusiones de las debidas, conforme con lo que tenía, sin ambicionar otra cosa. ¿Cómo es posible que todo se haya ido a pique de este modo, que

---

de la noche a la mañana mi vida haya dejado de ser por completo lo que era?...

Ciro percibió otra vez las ascuas cuando la mujer volvió la cabeza hacia él mientras hablaba, pero no estuvo seguro de que aquellos ojos encendidos buscasen su complicidad o su connivencia, había en ellos un brillo ajeno que contribuía a su lejanía, como si no acompañaran la voz, trémula, ensimismada, y desprendieran un destello de disipación o delirio. Parecía que la mujer tenía más necesidad de hablar que de que la escuchasen.

—Llevo varios días vagando sin rumbo. Fui a Armenta, vine a Borela, pero lo mismo podía haber ido a cualquier otro sitio, aunque ahora la sensación de haber llegado a un lugar del que no se vuelve me llena de angustia, jamás me había sentido tan sola, tan perdida. No puedo dormir, soy incapaz de descansar, me estaba consumiendo.

—Debe tranquilizarse... —le aconsejó Ciro, y le pareció que la mujer suspiraba en un vano intento de paliar su angustia o como si de pronto el cansancio hubiese agrietado su debilidad.

El suspiro resonó en la habitación igual que un eco que brotara en la oscuridad de Lucerna y, por un momento, el vacío de la noche se hizo más poderoso, como si el eco succionara lo último que en ella todavía pudiese palpar.

—¿Puede usted entender que de pronto o, al menos sin que yo pudiera ir tomando conciencia de lo que sucedía, todo perdiese sentido a mi alrededor, absolutamente todo lo que llenaba mi vida, hasta el punto de que yo misma no podría reconocerme y mi propio marido y mis hijos dejaban de ser lo que siempre habían sido, se convertían en unos extraños?... Esta angustia fue antes zozobra, inquietud, la sensación de que todo se difuminaba y se alejaba de mí, las cosas y las personas de igual manera, y yo me iba quedando absorta, inanimada, quieta las más de las veces, invadida por un extravío que me provocaba somnolencia, abatimiento, sin que fuese posible un sueño reparador, sin que pudiera pensar en nada concreto. La inquietud acentuó luego una profunda desazón y, cuando ya no fui capaz de soportarlo, me fui, lo abandoné todo sin previo aviso, como si en la huida buscara alguna solución imposible, esa misma intención del que se tira absurdamente al abismo sin que nada le requiera ni le detenga. Llevo

tres días vagando, cayendo en el vacío, tan cansada que apenas me puedo mover.

Dola Moreda había inclinado la cabeza al hablar; las ascuas se apagaron bajo el peso de los párpados o, al menos, esa impresión tuvo Ciro, que observaba el cuerpo inmóvil en la penumbra, sentado a los pies de la cama como una efigie petrificada que ni siquiera la voz hacía revivir, una estatua colgada del abismo, con las manos cruzadas en el regazo.

4.

Ahora el silencio retenía la fiebre de Ciro Nistal porque daba la impresión de que las décimas se enfriaban, del mismo modo que el palor enfría las sombras al emerger del fondo de una laguna.

Cuando Dola Moreda comenzó a detallar algunos datos sueltos y desordenados del derrumbamiento que se producía en su existencia, Ciro sintió el temblor de los dedos de su mano derecha, un temblor que ya no provenía del esfuerzo de mantener en vilo la maleta en la subida a Lucerna, sino de la conmoción con que aquella mañana había despertado en la habitación de la casa de sus padres en Ordial, tras la noche atormentada por el mal sueño que haría supurar la fiebre en el cuerpo maltrecho.

Ese temblor de los dedos era el residuo de la conmoción, pero también la huella del presentimiento, quiero decir que ya, desde hacía bastante tiempo, Ciro advertía indicios y señales que le llenaban de preocupación y pesadumbre, sensaciones incontroladas que enturbiaban sus ilusiones o amargaban sus pensamientos.

En realidad, el temblor era el más claro síntoma de aquella variación en su vida que ahora, al escuchar a Dola, removía algunos paralelos recuerdos que no se resignaba a establecer, como tampoco se sentía propicio a recordar su imagen de mujer descolgada de los altares, entre la incertidumbre que alientan las apariciones, tal como la había visto en el centro de la habitación, poco

antes de que diera unos pasos para acercarse a la cama, acariciar la colcha, sentarse a los pies de la misma.

Esa mañana Ciro Nistal tenía que haberse casado en la Iglesia de Santa Nonia de Ordial, a las doce y media, según comunicaban las invitaciones del enlace.

Un acontecimiento que había marcado los días que lo antecedieron, como si ese hito en la vida de Ciro fuese un punto de llegada que comenzó a irradiar el desaliento de una señal contradictoria, quiero decir que el novio perdió primero el norte de aquel jalón que afianzaba el mayor compromiso personal que hasta el momento hubiese asumido en su existencia, y en seguida la desorientación confundió su voluntad, hizo mella en la decisión y, según avanzaban los días, Ciro era dueño de un mayor grado de desconcierto y, por qué no decirlo, de temor o tal vez miedo.

En esas circunstancias lo más fácil es achacar el desaguisado a la cobardía, un cobarde encuentra cualquier subterfugio para soslayar sus obligaciones, y lo hace de la manera más vil cuando no da la cara.

Nadie vio al novio en aquellos días, ni siquiera sus padres, que le escuchaban volver a casa más tarde de lo debido y, como mucho, compartían una leve preocupación pensando que Ciro gastaba con los amigos los últimos cartuchos.

El padre confirmaba no sin cierto patetismo esa pena por el hijo que se casa más joven de lo previsto, y la madre suspiraba sabiendo que iba a perderlo, con la falsa ternura con que algunas madres corroboran una perdición de la que en el fondo se sienten satisfechas.

Contuvo el temblor llevando la mano al bolsillo del pantalón y pensó que las décimas eran las culpables de aquel merodeo de hormigas que vibraban en la yema de los dedos.

—Vengo de Ordial... —dijo Ciro sin ningún convencimiento en la voz, dando unos pasos hacia el centro de la habitación, mirando de soslayo a Dola, percibiendo el reflejo temeroso de su figura en la luna rota del armario— y tampoco podría explicar lo que me sucede, aunque también me parece haber llegado a un sitio del que no se vuelve.

5.

Dola Moreda pudo recordar casi con tanta desazón como desgana la lejanía de aquellos dos niños que tenían seis y ocho años y eran sus hijos.

La misma consideración de que eran sus hijos debía remarcarla al nombrarlos, porque la distancia se llevaba el afecto, una niebla alargaba la separación y difuminaba sus livianas figuras, como si fueran dos arbolillos en un paisaje que borra la bruma.

Esa lejanía iba conquistando el olvido, aunque bien es cierto que la huella de sus ojos, una atónita palpitación muy propia de la orfandad, permanecía al final de esa distancia que la niebla consumaba, como si de algún modo fuera imposible la pérdida completa de aquel fulgor infantil, de aquellas pupilas encendidas, esa luz que late sin reserva en la inocencia de los ojos de los niños.

Tal vez para Dola, y así podía contarle casi con tanto esfuerzo como sufrimiento, ese recuerdo de la mirada de sus hijos era lo último a lo que podía agarrarse con algún sentido de realidad, cuando casi todo lo que pertenecía a su vida ya no tenía ningún sentido de esa índole, apenas una constancia de ensueño.

—Los veo salir de casa, caminar por la acera hacia el autobús que les recoge para llevarlos al colegio... —dijo sin apenas mover los labios, en un vano intento de retraer al presente lo que el olvido ganaba— y no queda ni la más mínima sensación de alerta, de cuidado. Se van y no siento que al mirarlos los acompaño, que los llevo de la mano hasta que suben al autobús. Nada me preocupa cuando desaparecen.

Tampoco cuando regresan. Ni, por supuesto, en el decurso de ese día que ha borrado todos los días en que Dola Moreda era una madre atareada y cuidadosa, que disfrutaba muy particularmente viendo a los niños ir y volver, que extremaba hasta el último instante el beso y el abrazo de despedida, recuperados con mayor alborozo en el regreso.

—Como si se hubiesen ido y hubiesen dejado de existir... —musitó, y el hilo de voz llegaba a los oídos de Ciro en la penumbra de la habitación como si contuviera más desconcierto que do-

lor, la mala conciencia de un penoso recuerdo que, sin embargo, no suscita la correspondiente culpabilidad.

Había hecho un vano intento de incorporarse o, al menos, eso le había parecido a él, pero en seguida recuperó la inmovilidad y hasta dio la impresión de que recuperarla suponía un mayor vencimiento, como si la figura se resintiese de un peso interior que de pronto la desmoronaba.

En la luna del armario ese indeciso movimiento obtuvo una vibración sombría, quiero decir que la rotura del cristal crepitó en la oscuridad como una pavesa sucia, y cuando Ciro volvió a ver la imagen de Dola en el espejo, más inmóvil que abatida, no pudo sustraerse a la sensación de una imagen sonámbula.

—¿Quién podrá perdonarme?... —inquirió la mujer desde el fondo más inhóspito de su postración, y ahora Ciro Nistal estaba quieto en el centro de la habitación, observando el instantáneo palor que lamía sus pies y expandía un brillo de cera antigua y seca en la tarima.

La voz más confidencial y amarga de Dola Moreda empezaba a contar lo que pasó aquella tarde última, cuando el niño mayor subió corriendo las escaleras, sudoroso, agitado, tras dejar de la mano al pequeño en el portal, y ella no lograba contenerse según le miraba venir, como si la carrera del niño incrementara su desasosiego e indignación hasta casi hacerla temblar.

—¿Quién podrá perdonarme... —volvió a repetir— si ni yo misma sería capaz, ya que nada tiene menos sentido que aquellas bofetadas, el horror con que mi hijo lloró sin lágrimas al recibirlas, la gota de sangre que salpicaba la comisura de los labios...?

6.

Ciro Nistal pensó en el extraño impulso que le hizo golpear la mesa de la cafetería una de las últimas tardes en que salió con Odelia, su novia, cuando la voz de ella apenas se destacaba del murmullo que resonaba en el local mientras enumeraba, probable-



mente por enésima vez, detalles del piso donde irían a vivir, regalos de la lista de bodas, nombres de invitados.

El golpe contenía más destemplanza que violencia y, como tal gesto, resultaba tan exagerado como absurdo, hasta tal punto que Ciro en seguida se arrepintió del descontrol y se sintió avergonzado, no sólo por la sorpresa que interrumpió la enumeración de Odelia, también por el instantáneo silencio que absorbió el propio murmullo del local.

—Pero ¿qué te pasa?... —había dicho Odelia, con más asombro que preocupación—. Estás raro, no me haces ningún caso y encima te pones borde.

—Nada, no me pasa nada, perdona... —contestó Ciro, incapaz de sujetar el temblor de los dedos que recababan la fiebre venidera, mientras miraba apesadumbrado el café que se había derramado de la taza y salpicaba el mármol de la mesa—. Estoy un poco nervioso... —reconoció, logrando extraer del bolsillo un pañuelo que, al menos, le sirvió para que sus dedos disimulasen el temblor al apretarlo—. He tenido un mal día y una discusión muy desagradable en la oficina... —mintió, con la impresión palpable de que Odelia no se lo estaba creyendo.

El camarero más cercano pasaba un paño por la mesa y, para mayor oprobio, se mostraba dispuesto a retirarle el café para traer otro, lo que todavía exacerbó más el padecimiento de Ciro.

—Todo cae sobre mis espaldas... —aseguró Odelia, compungida—. Llevo un mes sin levantar cabeza. Todo, hasta el último detalle. El disgusto te lo puedes meter por donde puedas. Ni siquiera te pido que me prestes atención.

Odelia parecía decidida a irse, de suyo hizo un brusco movimiento para recoger el bolso y la gabardina.

—Perdóname... —pidió Ciro Nistal, y recordó aquella voz lastimera que no involucraba otra cosa que el agobio, que no contenía ninguna compunción, sólo cansancio, desgana, casi aburrimiento.

—Perdóname, perdóname... —repitió Odelia con el tono lloroso que suavizaba sus enfados, dispuesta a ceder como era habitual en ella, aunque de un tiempo a esta parte observaba algunos detalles en Ciro que no se correspondían con su manera de ser, no sólo intemperancias, también ausencias, un impreciso alejamiento

que acentuaba su condición de solitario, aquella imagen desasistida y melancólica de cuando le conoció y que tanto había contribuido a su enamoramiento.

El temblor de los dedos que ahora desgranaba la fiebre no era el mismo de aquella tarde, pero en el pensamiento de Ciro la inesperada irritación que le había llevado a golpear la mesa en la cafetería removía una parecida sensación de extrañamiento y desánimo.

Recordó su rostro en el espejo del lavabo de la cafetería, la mirada de Odelia más afligida que enfadada, los rostros desperdigados que se volvieron hacia él cuando cruzó el local, presuroso y casi avergonzado.

Se miraba sin reconocerse, con esa insistencia de quien mira un paisaje desconocido intentando descubrir alguna pista que lo identifique. Le dio miedo verse, el temor que se perfila con la angustia de un presentimiento sin que nada sea preciso, todo fantasmal.

El espejo tenía una esquirla desprendida, la huella de una raspadura hasta la que acercó la yema del dedo más tembloroso.

—¿Quién podrá perdonarme?... —seguía repitiendo Dola Moreda.

## 7.

Hablaba pero el murmullo de lo que decía era como la corriente de un río silencioso y el tiempo que él había invertido en aquel recuerdo, menos mortificante de lo previsible, le había alejado de su voz que ahora, cuando volvía a escucharla, le parecía que formaba parte de esa penumbra donde su figura, sentada a los pies de la cama, comenzaba a vencerse, como si las palabras acarrearán el sueño en la misma corriente que se las llevaba con tanta facilidad.

Estaba contando algo de su marido, aunque Ciro todavía tardó un momento en darse cuenta de que hablaba de él, de un hombre que se llamaba Findo y que en los años de matrimonio jamás había mostrado otra cosa que comprensión y cariño, un esposo atento y delicado, un padre que vivía para sus hijos, nada de lo que

quejarme, ni el más mínimo detalle, todo lo bueno que de él pudiera decir sería poco, aseguraba la voz, y en el murmullo se espaciaba la corriente con la placidez con que se agranda la bondad, como si Dola Moreda necesitara sopesar sus palabras para que fuesen más justas y verdaderas al hablar de Findo, ya que no había nada que pudiese reprocharle.

—No sé lo que sucede cuando ese hombre viene hacia mí, la primera noche que lo siento no ya como un extraño sino como un ladrón, quiero decir que lo que siempre fueron caricias y arrumacos son emociones desabridas, un temblor que me enfría el alma, una angustia infinita. Digo ese hombre porque si digo su nombre verdadero, si le llamo, si le recuerdo como es, todavía se hace mayor el sufrimiento. Pobre Findo, pobres niños, ¿qué perdón puedo pedir, quién iba a comprenderme si ni yo misma lo logro?...

Esa primera noche que cuenta Dola es el antecedente de otras, no muchas más, que preceden a su huida, ya que la angustia crece como una planta venenosa y es imposible soportar la amargura de ese veneno que hace que Dola se sienta inoculada por una emoción cada vez más desazonadora.

La caricia de Findo aleja su cuerpo entre las sábanas frías. Lo que su marido quiere decirle al oído, como tantas veces, no obtiene siquiera el timbre amoroso de la secreta confidencia que compartían de novios, se rompe o casi estalla como el tañido de un eco.

—Se aleja de mí... —dice la voz de Dola en la corriente que se lleva la caricia y la confidencia— porque presiente que mi cuerpo lo rechaza, lo que jamás sucedió ni hubiera sido posible que sucediera, Dios me valga. Ese hombre se da media vuelta y sólo el estupor hará imposible una lágrima, quiero decir que para alguien como él, una persona amorosa, tierna, esa brusquedad es igual que el anuncio de lo que no se espera, de lo que no se quiere, de lo que más se teme. Me levanto con la misma brusquedad con que lo rechazo y corro por el pasillo como si un ladrón me persiguiera. Findo tarda unos instantes en llamarme pero yo tardo bastante más en oírle o, mejor, en querer oírle, en escuchar mi nombre en su voz, más inquieta que asustada, más cansada que dolida. Me llama pero esa noche no vuelvo a la cama, duermo en el salón. Siento que

viene a tenderme una manta por encima, la yema del dedo que toca mi frente, la voz trémula que dice mi nombre y respeta la mentira de mi sueño...

---

## Sobre el autor

**Luis Mateo Díez** (Villablino, León, 1942) es autor de, entre otras, las novelas *La Fuente de la Edad* (1986), con la que obtuvo el Premio Nacional de Literatura y el Premio de la Crítica, *El expediente del naufrago* (1992), *Camino de perdición* (1995), *La mirada del alma* (1997), *El paraíso de los mortales* (1998), *Días del Desván* (1999), *Fantasmas del invierno* (2004) y *Azul serenidad o la muerte de los seres queridos* (2010) todas ellas publicadas en Alfaguara. Antes de reunirse en este volumen, sus fábulas estaban publicadas en *El diablo meridiano* (2001), *El eco de las bodas* (2003), *El fulgor de la pobreza* (2005) y *Los frutos de la niebla* (2008). Y todos sus cuentos están recogidos en *El árbol de los cuentos* (2006). Con *La ruina del cielo* (2000) obtuvo el Premio Nacional de Narrativa y el Premio de la Crítica. *Pájaro sin vuelo* (2011) y *La cabeza en llamas* (2012) son sus últimos libros. Es miembro de la Real Academia Española y Premio Castilla y León de las Letras.